

La Plata, Buenos Aires, noviembre 2019

Reunión Lacanoamericana 2019

Nora Martínez Ameri

Niñez: en análisis; ¿Los privilegiados son los niños?

Niñez: en análisis. Así se llama uno de nuestros grupos de formación en Encuentro Clínico. Trabajamos articulando interrogantes que van surgiendo, algunos, por efecto de la relectura; y otros, más frescos y espontáneos, provenientes de los integrantes más jóvenes.

El nombre mismo de este grupo fue un punto de partida. Por qué Psicoanálisis de Niños. Nombrarlo así, aún hoy, abre un paréntesis, una pausa, a fin de esclarecer algo en torno al lugar del niño, del analista y del psicoanálisis. Al decir: psicoanálisis *de* niños, disponemos de esa pequeña palabra *de*, una preposición antepuesta a *niños*, como indicando una especialidad, desmentida cada vez.

En los distintos significados que avalan el uso de la preposición *de*, encontramos: relación, alejamiento del punto de partida, salida de un límite, parte de, posesión, causa, modo, asunto.

Pensamos en algunos conceptos de relación, identidad, descendencia, parentesco que pueden representarse con la partícula *de*. Podríamos decir que venimos al mundo con la preposición “de” bajo el brazo. Nacemos hijos *de*, hermanos *de*. Es que nacemos objeto. Objeto *a*, como lo nombró Lacan.

También suele decirse Psicoanálisis *con* niños. La preposición *con* ha venido a sustituir a *de*. Nuevamente se sugiere una relación, más corporal si se quiere, en el sentido de un acompañamiento. Aquí, en todo caso, atañe al analista decir “con”, no al Psicoanálisis. Y se entiende que se atiende a una práctica específica.

Voy a hacer una suerte de pausa para referirme a una paciente.

Tenía entre tres y cuatro años cuando consultaron los padres. Venían ya con un diagnóstico, investigado y repetido por ellos mismos. De entrada expusieron las dificultades del control de esfínteres, extrañados y preocupados. Proyectaban que estos sucesos sintomáticos ocurrirían

hasta la época de la adolescencia -tal vez con razón-. Se sucedía un episodio tras otro de pis, de caca, manchas y gotitas en la bombacha. Una semana sí, dos días no, fechas precisas. Cuando alguna vez la maestra les transmitió la observación de que era una niña muy corporal, ellos concluyeron que muy corporal significaba que no podían con ella, que era traviesa y desobediente.

Ambos se reconocían exigentes, mucho más la madre; debido a lo inflexible de sus horarios de trabajo, se sentía culpable por no poder disponer del tiempo para acompañar a su hija “*como hacen todas las madres*” -según sus palabras.

Circuló desde el inicio el cuento preferido de ambas: Rapunzel. Una bebé robada por una bruja que con este robo castiga la transgresión de sus padres, acontecida en el territorio de la mencionada bruja.

El embarazo había sido resultado de un tratamiento de fertilidad denominado Ovodonación. La madre evocaba insistentemente esta circunstancia, angustiándose al no encontrar en los rasgos físicos de la hija ningún parecido con ella. Algo de su hija que le evocara su propio cuerpo, que tan sólo no eclipsara la pregunta lúdica “¿de quién es esta nena?”. Como si verdaderamente un hijo pudiese ser hijo de una embrujada alquimia.

Sobre el final del tratamiento, los padres se separan en medio de mucha tensión, sentimientos de odio y de traición. En una de las últimas entrevistas la madre dice: “Yo rechazo esa parte de *él* en *ella*.” Refiriéndose al marido e hija respectivamente.

Con este decir signado por el ADN que eclipsaba el vínculo afectivo, la madre se aferraba a “un cacho de carne”, a la hija como conjunto de órganos. La primacía de lo genético la desresponsabilizaba de su función, olvidando que todo hijo es hijo de un malentendido entre los padres. Incontinencia que volvía inevitablemente incontinente a la nena.

Hasta aquí el caso. Aquí retomo la ponencia, no sin pensar que esta pequeña viñeta clínica no es ajena al tema de la “adjudicación” en el tratamiento de niños.

Vamos a la segunda parte del título: ¿Los privilegiados son los niños?

Partimos de esta frase que es del acervo de nuestro sentido común, de nuestra lengua, para preguntarnos si tendrá, tal vez, un alcance mayor que el otorgado en el uso cotidiano, al tiempo que nos permitirá señalar algunos trazos de historia en torno al niño.

Hubo tiempos, casi inconcebibles, en los que la infancia, como categoría minusválida respecto de las capacidades de los adultos, fue un punto perdido del tejido social, dejó su huella dolorida en nuestra memoria. Se reconoce el pasado en el presente, así es la historia.

Marginada, sin amparos legales, -sin mirar- la infancia fue cedida en matrimonios convenidos, entregada a la esclavitud, a la vida monástica, establecida e intercambiada como un valor de mercado social y científico.

Los derechos del niño, mediante Declaraciones y Convenciones que garantizan su protección total, sin excepciones, a fin de que pueda desarrollarse plenamente y de manera saludable en todos los ámbitos: datan del siglo XX, no antes. Y aun así, pese a los grandes cambios de pensamiento en relación con siglos anteriores, la niñez sigue a la espera de sanciones suficientes, y adecuadas a su condición de vulnerable minoría.

María E. Walsh contó una vez *“Cuando yo era chica, la relación con los adultos era una relación normal, buena pero distante, porque la ternura no se usaba. La ternura es un invento bastante moderno, de los psicólogos. Ahora la gente se toca, se abraza. Antes no existía esto....”*.

En la alusión **His magestic the baby**, Freud considera la actitud tierna, magnificada, de los padres hacia sus hijos, como un renacimiento y adjudicación de su propio narcisismo. Pensada históricamente, esta especie de empoderamiento al niño legitima su existencia, lo saca del vacío legal que venía teniendo.

Habría dos aspectos, por un lado, al consentirlo de manera extrema se lo intenta eximir de las obligaciones de la vida. Por otro lado, se espera que cumpla los sueños o restaure la suerte de los padres, pero además, el hecho de *“encubrir y olvidar todos sus defectos”* queda estrechamente vinculado a la desmentida de la sexualidad infantil.

Dificultades en la infancia, tarea del Psicoanálisis

De algún modo el Psicoanálisis reinventó la niñez; pobló su camino de pulsiones, deseos y fantasmas. La importancia dada a las condiciones psíquicas de la infancia, el discernimiento de la sexualidad infantil, los reordenamientos desde el Edipo, implicaron una reubicación profunda del niño en la sociedad, a la vez que posibilitó situarlo en el dispositivo analítico a partir de su posición discursiva.

Desde luego que es necesario establecer, respecto de las técnicas de tratamiento de los adultos, rasgos diferenciales basados en la constitución del aparato, la singularidad del lenguaje -sea mediante el juego, el dibujo o la palabra-, además de las consideraciones referidas a la intervención de los progenitores: desde la posibilidad de emprender un análisis, pasando por las vicisitudes de la transferencia y resistencias.

Freud se toma un tiempo para evaluar la contingencia de la práctica clínica con niños. Por la época de Juanito, aún no se pronunciaba sobre su verdadero provecho y alcance. *“En los años que precedieron a la guerra... llegué a imponerme la regla de no emprender jamás el tratamiento de un enfermo que no fuese sui juris en las relaciones esenciales de la vida, independiente por completo”*.

Años después, sin embargo, reconoce: *“Se demostró que el niño es un objeto muy favorable para la terapia analítica, los éxitos son radicales y duraderos.”* Es interesante señalar, que aquí, en este mismo texto en el que Freud afirma la pertinencia del análisis en niños, destaca la importancia de integrar a dicho análisis *“algún influjo analítico sobre sus progenitores”*, y lo extiende, también, a sus educadores; claramente sugiere que será mejor si se analizan.

Tanto desde Freud como desde Lacan, nos formamos a partir de conceptos de la teoría como instancia, complejo, imago, goce, falo, transferencia.

En el texto de Lacan, La familia, de 1938, la familia se define como circunstancia psíquica, de ella emergen la represión de los instintos y la adquisición de la lengua materna, intervienen leyes y prohibiciones desde el comienzo, tramitadas por los complejos como articuladores del psiquismo. Los complejos están constituidos esencialmente por representaciones inconcientes -maternas, paternas-, que reciben el nombre de imagos. La imago se imprime en lo más

profundo de la psiquis y debe ser sublimada -dice Lacan- para que se introduzcan nuevas relaciones con el grupo social.

A fin de permitir el hecho social, en la adolescencia, se impone un distanciamiento de los vínculos con la familia. Nuevos complejos intervienen en la vida psíquica, en los conflictos de cada sujeto.

Lo significativo de los primeros años de la infancia se da, en primer lugar, por el florecimiento de la sexualidad; su incidencia es determinante en la etiología de la neurosis. No es sino a costa de la represión, en un período de gran vulnerabilidad, que se podrá sofocar la producción de traumas, la impronta de los afectos primordiales constituirán la base para la formación de síntomas.

Dice Freud: “... que la dificultad de la infancia reside en que el niño debe apropiarse en breve lapso de los resultados de un desarrollo cultural que se extendió a lo largo de milenios: el dominio de las pulsiones y la adaptación social”, y que “Mediante su propio desarrollo sólo puede lograr una parte de ese cambio; mucho debe serle impuesto por la educación.”

Esto me hizo acordar algo que dijo Henrik Ibsen, en ocasión de responder por su pasión por el teatro: **“Nos lleva toda la vida curarnos de la infancia”**.

Tal vez tendríamos que pensar la cura en los niños como una manera de acompañarlos en la travesía para que se apropien de su síntoma, que logren privilegiarlo por sobre la adjudicación de los padres de sus propios síntomas. Que puedan hacer algo con sus síntomas para aliviarse del estrago de ser solamente síntoma de los padres.

Sigmund Freud, Obras Completas: Tres ensayos de teoría sexual, 1905; La novela familiar de los neuróticos, 1909; Introducción del Narcisismo, 1914; Doctrina general de las neurosis, 1917. El instinto gregario, 1921; La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad), 1923. El sepultamiento del complejo de Edipo, 1924. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, 34ª conferencia: Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones, 1933.

Jacques Lacan: La Familia, 1938. Seminario 20, La rata en el laberinto.

Julia Kristeva: El genio femenino 2. Melanie Klein.

Isabel Steinberg: El malestar y la traición.

I.Steinberg-L.Baños: Dificultades de la práctica del psicoanálisis.